

INTRODUCCIÓN

La actividad exploradora de los españoles en el Nuevo Mundo fue constante a lo largo de todo el tiempo que dominaron algún territorio americano o asiático. Empero, hubo épocas en las que diversos factores lograron potenciar e impulsar una mayor actividad en los reconocimientos y descubrimientos de nuevos territorios y mares. Así sucedió durante el reinado de Carlos III, en cuyos límites temporales, la Corona española logró alcanzar su máxima extensión en América. Obligada por una creciente debilidad geoestratégica y por la urgente necesidad de tomar eficaces medidas defensivas en contra de otras potencias europeas que deseaban expandirse en el nuevo continente, el monarca borbón ratificó un importante paquete de medidas políticas, militares, económicas y administrativas, que fueron conducidas a América por un diligente grupo de eficaces militares y visitantes.

Los principales objetivos de la política defensiva fueron la protección de la fachada atlántica, el reforzamiento del norte del virreinato de Nueva España y el incremento de la presencia española en el océano Pacífico, amenazado por los «viajes científicos» de británicos y franceses, y por las expediciones peleteras de los rusos desde sus bases de Kamchatka. En esta coyuntura histórica, un grupo de marinos españoles fue enviado a México para apoyar la política de reconocimientos emprendida por el virrey Bucareli desde el puerto de San Blas. Y de entre ellos, un prestigioso marino fue el encargado de comandar la segunda

expedición al Pacífico Norte, el bilbaíno Bruno de Hezeta. A bordo de la fragata *Santiago*, los expedicionarios lograron alcanzar los 50° N., tomar posesión de dos parajes de la costa y descubrir la desembocadura del río Columbia; mientras la pequeña goleta que llevaban de conserva, la *Sonora*, capitaneada por Juan Francisco de la Bodega y Quadra, reconoció hasta más allá de los 55° N. en una arriesgada derrota en solitario.

A pesar de los notables logros de la expedición, el desconocimiento del viaje de Bruno de Hezeta ha sido casi total hasta la última década, y aún hoy estamos lejos de haber hecho justicia a este magnífico marino. Mientras en los Estados Unidos y Canadá se ha logrado llenar este vacío con breves artículos o la edición de su diario, en España sólo se poseía la narración del viaje de la goleta *Sonora* realizada por Juan Francisco de la Bodega y Quadra y Francisco Antonio Mourelle¹. Escasos son los estudios sobre los vascos y América que recogían entre sus páginas a este interesante bilbaíno que contribuyó de forma decisiva a descubrir la última costa templada del planeta: el Noroeste de América. Este vacío nos estimuló al estudio de Bruno de Hezeta y de la expedición que comandó en 1775 en las peligrosas aguas del Pacífico Septentrional. El resultado es el trabajo que tienes entre tus manos, dividido en dos partes. En la primera, estudiamos la brillante carrera de Hezeta hasta llegar a México y los preparativos, desarrollo y resultados del viaje que le encargó el virrey Bucareli; en la segunda, recogemos la cartografía resultante de la

¹ Eric BEERMAN, «Basque sailor at Bucæli Bay» en *The Alaska Journal*, Autumn, 1982; Eric BEERMAN, «Bruno de Heceta, the first european discoverer of the Columbia River» en *The Pacific historian. A quarterly of western history and ideas*, vol. 23, nº 1 (spring, 1979) págs. 103-115; J. Neilson BARRY, «Who Discovered the Columbia River?» en *Oregon Historical Quarterly* vol. 39 (1938), págs. 152-161; Donald CATTER, «Spain and the Oregon Coast» in *The Western Shore: Oregon Country Essays Honoring the American Revolution*. Edited by Thomas Vaughan. Portland, Oregon Historical Society, 1975; Harry M. Majors: «The Hezeta and Bodega Voyage of 1775» en *Northwest Discovery*, vol. 1 (1980) págs. 208-252; y Herbert K. BEALS, (translation and annotation) *For Honor & Country. The Diary of Bruno de Hezeta*. Portland, Western Imprints, 1985.

expedición y le añadimos la transcripción de los diarios de Bruno de Hezeta y de fray Miguel de la Campa, capellán del barco, amén de varias cartas seleccionadas en forma de apéndice.

Con ello queremos dar a conocer una página más de la brillante contribución española al descubrimiento del Noroeste de América, transitoria pero de enorme importancia para comprender la evolución histórica de aquellas lejanas costas del Pacífico. De ahí el título de nuestro trabajo: *«Trillar los mares. La expedición descubridora de Bruno de Hezeta al Noroeste de América, 1775»*, con el que queremos acentuar la continua actividad descubridora de los españoles a lo largo de todo el tiempo que duró nuestra presencia en el Nuevo Mundo. Como en aquel lejano descubrimiento de 1492, también ahora, en 1775, los esforzados marineros recorrieron mares desconocidos y se encontraron con indios de culturas distintas que los abordaron e intercambiaron sus productos. El viaje se convirtió, de nuevo, en aventura y América otra vez en el escenario de las brillantes actuaciones de nuestros marinos, en esta ocasión, de origen vasco.

1. NUEVAS TIERRAS, NUEVOS HOMBRES

El Noroeste del continente norteamericano fue la última zona costera templada en retener sus secretos para los descubridores europeos. Los navíos que accedían al Pacífico norte a través del cabo de Buena Esperanza o por el arriesgado estrecho de Magallanes hasta California, consideraban esta desconocida región como el fin del mundo: el punto del planeta más lejano de Europa para llegar por mar. Los españoles inauguraron, en el siglo XVI, la ruta del Galeón de Manila, única vía marítima regular transpacífica, que arribaba a las costas americanas entre los 40° y los 45° de latitud norte, no excediéndose de este punto la zona explorada por los barcos enviados por el Virrey directamente desde la Nueva España. Tan sólo pequeños indicios y ciertas tradiciones indias permiten especular sobre la llegada de un galeón filipino más al norte, a la bahía de Nehalen. Warren

Cook considera que probablemente se trata del barco «San Francisco Xavier», que había salido de Manila en enero de 1707 y nunca llegó a Acapulco, bien a causa de un error en la navegación —y su posterior extravío de la ruta— o por huir de algún agresor. Si fuera cierta la llegada de dicho galeón a las costas de Oregón, sería, sin duda, la primera vez que los europeos accedieron al Noroeste ².

No obstante, la transcendencia de esta temprana visita fue nula y el acceso definitivo de los europeos a la zona se realizaría sin perder de vista la costa. Los franceses del Canadá obtuvieron durante décadas las marcas de penetración más esperanzadoras, atravesando sin descanso los sistemas de los grandes lagos en busca de un inmenso Mar del Oeste que los geógrafos de París no dudaban en dibujar en sus cartas. Hacia mediados del siglo XVIII, el avance fue detenido: el explorador La Vérendrye y sus hijos se encontraron con las poderosas Montañas Rocosas, extraordinaria barrera natural que aísla geográfica y climatológicamente el Noroeste del resto del continente ³. Sin embargo, el asalto definitivo estaría protagonizado por los rusos, quienes, tras una fulgurante expansión por los territorios siberianos, alcanzarían la península de Kamchatka y el extremo noroccidental del Nuevo Mundo. En la primavera de 1741, el danés Vitus Behring emprendió un segundo y definitivo viaje que le llevaría hasta las costas americanas a bordo del navío «San Pedro». El desembarco en una pequeña isla tan sólo duró diez horas; pero el viaje de Behring inició, sin duda, una nueva etapa en el desarrollo del paisaje del Noroeste. La influencia cultural europea comenzó pero no sin dificultades, habría que esperar hasta el último cuarto del siglo ilustrado para que dicho paisaje se revelara en toda su grandeza y complejidad. Primero los españoles, y, poste-

² Warren COOK, *Flood Tide of Empire. Spain and the Pacific Northwest. 1543-1819*. New Haven and London, Yale University Press, 1973, pág. 37.

³ Nunma BROU, *La Géographie des Philosophes. Géographes et Voyageurs Français au XVIII^e siècle*. París, Editions Ophrys, 1975, págs. 156-157.

riormente, los ingleses, franceses y norteamericanos, contribuyeron a demarcar sus costas, difundir su silueta y explotar sus riquezas.

Los factores geográficos condicionaron profundamente la tardía llegada de los europeos al Noroeste, así como su posterior asentamiento y evolución; pero no hay que olvidar que ese mismo paisaje estaba habitado por importantes culturas indígenas que, desde Alaska hasta California, florecieron principalmente a lo largo de las costas y las desembocaduras de los ríos. Los factores del entorno y ambientales fueron agentes causales determinantes para la cultura india del Noroeste. Los distintos pueblos se acomodaron a las condiciones naturales del hábitat —lugar en donde un organismo vive—, desarrollando peculiares técnicas de subsistencia. La tierra, el cielo y el mar se conjugaron para hacer posible una rica vegetación —caracterizada por inmensos y frondosos bosques— que determinó que la madera fuese el principal elemento natural de todos los indígenas del Noroeste, por encima de las fronteras tribales o lingüísticas; como también común sería su casi total dependencia del mar para la alimentación. Así, los indígenas del Noroeste fueron —principalmente— pescadores de unos mares muy ricos, cuyo principal protagonista: el salmón, regularmente remontaba los ríos de junio a octubre hasta desovar y morir en las frías y claras aguas de las montañas del interior. Esta riqueza y su fácil predicción favoreció una respuesta de almacenaje de los recursos como previsión para tiempos más difíciles; fenómeno que dio lugar a sociedades cazadoras y recolectoras con un gran sentido de la defensa del territorio, así como del control sobre sus recursos, entre los que habría que destacar, también, las ballenas, las nutrias, la morsa o el león marino.

Este almacenamiento sería, igualmente, la causa de la profunda estratificación social de los pueblos del Noroeste y de las considerables diferencias de riqueza entre sus miembros. En él se basaría, por último, la ceremonia más estudiada del Noroeste: el famoso *potlatch*.

En definitiva, para comprender la evolución histórica del Noroeste y las culturas indígenas allí asentadas, se deben conocer

su estructura y características geográficas. Las peculiaridades del hábitat en estas latitudes del Pacífico imprimieron —e imprimen— un ritmo y unos rasgos singulares de notables alcances en su evolución histórica. Es preciso conocer el medio ambiente en el que el hombre desarrolla sus actividades, puesto que influye sobre éstas; pero el ser humano es, a su vez, un factor de transformación del mismo. Se establecen, por lo tanto, unas profundas relaciones recíprocas entre el hombre y el entorno, cuyo resultado es el paisaje antropogénico, es decir, transformado a lo largo de la historia por la acción de los seres humanos. En líneas generales, la incidencia de los factores naturales sobre el grupo humano es tanto mayor cuanto menor sea el nivel alcanzado por las fuerzas productivas.

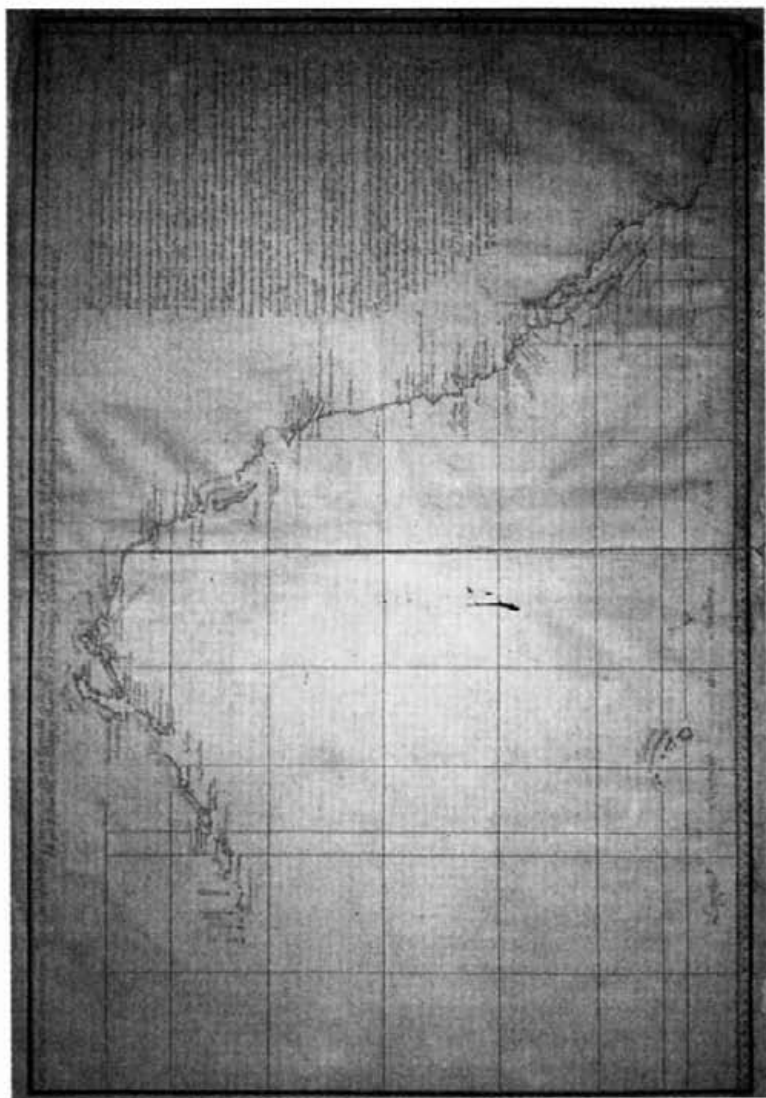
El continente norteamericano se adosa al Océano Pacífico por medio de un poderoso sistema montañoso formado por dos alineaciones paralelas a la costa, separadas por una depresión central que corre desde México hasta Alaska. Las cadenas del interior cambian de nombre según la latitud: Sierra Nevada en California, Cascade Range en Oregón y Coast Mountains desde el estrecho de Fuca hasta Alaska. Son enormes masas de granito, extendidas en el transcurso de la época secundaria, con picos de 2.000 a 5.000 m. que dominan la costa; sierras atrevidamente recortadas y muy cinceladas por los glaciares. A sus pies se extiende una canal arquitectónica de más de 600 km. de longitud, llamada Gran Valle Central en California y Valle de Willamette en Oregón, que, tras el Puget Sound, se sumerge en las aguas del Pacífico dando lugar al *island passage* de la Columbia Británica.

Las cordilleras costeras presentan, al sur de los 41° N., crestas paralelas de altitud moderada y uniforme dominadas por montañas aisladas que llegan a alcanzar los 2.000 y 1.700 m. en las latitudes más meridionales. Se hallan cortadas por surcos casi rectilíneos, alcanzando en la bahía de San Francisco los 400 km. Al noroeste sobresalen los valles de Santa Rosa y Russian River, y al sudeste, los de Santa Clara y San Benito. En gran medida, se trata de bloques fallados y levantados, fuertemente basculados y todavía en activo. Debido a que los ejes orográficos se inclinan ligera-

mente hacia el Pacífico, las estribaciones terminan en promontorios obtusos y los valles, en pequeñas llanuras intermedias. Sin embargo, estos últimos son escasos, presentando la costa un aspecto abrupto, elevado y poco propicio para el asentamiento humano. El excepcional puerto de San Francisco y el canal de Santa Bárbara —donde la plataforma continental se eleva y emerge en varias islas— fueron los lugares más favorables para la concentración indígena.

Más al norte, la costa —muy rígida y con suaves promontorios— posee sólo una estrecha franja litoral de llanuras, dividida en gradas por terrazas de abrasión litoral que, llegando hasta los 450 m., dan testimonio de levantamientos recientes. Sin embargo, el anegamiento general de la costa ha sido muy intenso, convirtiendo las bocas de los ríos en profundas y ramificadas bahías, como el Grays Harbour y la Willapa Bay en Washington, o la Coos Bay en Oregón. La desembocadura del río Columbia forma un notable estuario de 8 km. de anchura; allí tenían sus asentamientos los Chinook, muy buenos comerciantes, que una vez al año remontaban el río para intercambiar productos con los indios del Columbia Plateau.

El estrecho de Juan de Fuca marca el inicio de una disposición montañosa distinta, si bien, los rasgos esenciales del sur se prolongan hasta la Columbia Británica. La costa sigue siendo muy montañosa: la altura media es de 1.600 m., aunque muchos picos se elevan por encima de los 3.000 m. Su estructura comprende elementos de origen y constitución diversa que, amalgamados hacia el final del Secundario, han compartido desde entonces el mismo destino. Los picos están rodeados de glaciares que han excavado profundos valles en su avance hacia la costa. A sus pies se extiende longitudinalmente la depresión central, ahora sumergida para formar los estrechos de Georgia, de la Reina Carlota y de Hecate, que separa las montañas costeras de una peculiar cordillera insular (*island range*), cuyos elementos más importantes son la isla de Vancouver y el archipiélago de la Reina Carlota.



Mapa del Noroeste de América en donde se resumen todos los descubrimientos españoles del siglo XVIII. MN, nº B-E-9